

PLIEGO

Vida Nueva
2.977. 20-26
FEBRERO DE 2016

Dar de comer al hambriento “Dadles vosotros de comer”

(Mc 6, 37)

**LUIS ANTONIO
PRECIADO SÁEZ DE OCÁRIZ**
Director del Secretariado
Social Diocesano de Vitoria



Arrancaba semanas atrás la 57ª Campaña contra el Hambre organizada por Manos Unidas y, en el marco de este Año de la Misericordia, es ahora el turno para otra de las obras corporales: dar de comer al hambriento. Ante un drama que sufren millones de personas en todo el mundo, estamos llamados a detenernos, escuchar el grito de tantos hermanos nuestros y actuar en consecuencia para transformar esa dolorosa realidad. Porque el hambre no se soluciona solo con alimentos.

Presentación

El pasado 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción de María, se abrió el Año Jubilar de la Misericordia. Ese día se abrió la Puerta Santa, la Puerta de la Misericordia. Con ello se nos invita a reflexionar y realizar las obras de misericordia corporales y espirituales. El papa Francisco, en la bula de convocación del Jubileo Extraordinario, nos dice “será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio” (*Misericordiae Vultus*, 15).

“Dar de comer al hambriento” es, como sabemos, una de las obras de misericordia corporales.

Necesitamos pararnos, para nuestro caminar para actuar

En la presentación precedente se han apuntado ya unas palabras clave. Se habla de “invitación”, que la podemos acoger o rechazar. Invitación a abrir nuestros corazones, a dejarnos interrogar. Una invitación muy oportuna, porque estamos acostumbrados a vivir y convivir con el hambre de muchas personas. Quizás estemos demasiado habituados y quizás también hay muchas, demasiadas, personas que hoy, en pleno siglo XXI, sufren este drama.

La predisposición se hace necesaria porque desde pequeños “sabemos” cuáles son las obras de misericordia. “Sabemos” que existe este dramático problema en muchos lugares del mundo. “Sabemos”..., pero ahora se trata de “despertar”. No tanto

de saber, sino de “despertar”, como nos invita el papa Francisco.

El hambre ha estado con nosotros mucho tiempo. Lo ratifican las vivencias de nuestros mayores, que, unas veces por las miserias cotidianas de la vida y otras por circunstancias coyunturales (la Guerra Civil y la postguerra, por ejemplo), recuerdan aquellos oscuros tiempos tantas veces vividos y relatados, y tildados de “tiempos de hambre”.

El hambre también está entre nosotros. Unas veces de manera sorpresiva e interrogativa. Debemos recordar las noticias que surgen a nuestro alrededor a raíz de la crisis económico-financiera actual, hablando de la “necesidad de los comedores escolares en tiempo vacacional”; en las “carencias familiares de muchos convecinos para llegar a final de mes”, etc. Otras porque nos llegan noticias de situaciones de hambre en muchos países del

mundo por medio de campañas, organizaciones, misioneros, etc.

El hambre ha estado y está entre nosotros de forma solapada, casi oculta. Está tan metido en nuestro vivir que no lo consideramos una injusticia, sino “normal”. Y esta es la primera ruptura que necesitamos hacer para introducirnos en la tragedia de las personas que pasan hambre. No es normal dicha situación. Obedece a injusticias. Por lo menos, debemos partir de aquí para observar, reflexionar y actuar.

Nos ponemos delante de un drama humano que nos invita a ir más allá del saber. Un drama humano tanto de quienes padecen el hambre como de nosotros, quienes no lo sufrimos en sus consecuencias extremas. Es un drama de la humanidad. Un drama humano porque el hambre no existe fuera de las personas que lo sufren. Son las personas quienes lo sufren. Por eso, aunque hablemos del hambre, este no es el objetivo de la reflexión, sino las personas que sufren y mueren por esta situación. La persona es el centro de nuestra misericordia o de nuestro olvido. La persona también es el objeto de nuestro actuar, o de nuestra despreocupación.

Para empatizar con estas personas necesitamos una predisposición. Nos ponemos frente al dolor y sufrimiento. La primera actitud es y debe ser la de pararnos. Esta primera actitud está muy bien descrita en el libro de Job, cuando sus amigos se enteran (saben) del drama de Job y deciden ir a acompañarle. Dice el relato bíblico: “Job tenía tres amigos: Elifaz, de la región de Temán; Bildad, de la región de Súah, y Sofar, de la región de Naamat. Al enterarse estos de todas las desgracias que habían venido sobre Job, decidieron ir a consolarle y acompañarle en su dolor. A cierta distancia alcanzaron a ver a Job, y como apenas podían reconocerle, empezaron a gritar y llorar, y llenos de dolor se rasgaron la ropa y lanzaron polvo al aire y sobre sus cabezas. Luego se sentaron en el suelo con él, y durante siete días y siete noches estuvieron allí, sin decir una sola palabra, pues veían que el dolor de Job era muy grande” (Job 2, 11-13).

Nosotros también, que vamos al encuentro de los hermanos hambrientos, debemos pararnos.





El silencio es reparador. Nos fortalece. Mirar y no decir nada, ni una palabra. Sentir el vaciamiento interior para llenarlo de un nuevo contenido donde quepa la situación del otro.

La mirada al drama desde el silencio nos da una nueva perspectiva para que no nos paralice, no nos “aletargue”, como dice el papa Francisco. Estamos acostumbrados a ver y escuchar cifras y estadísticas. Pero a los números los podemos convertir en nuestro refugio. Se camuflan bien. Incluso el número negativo lo podemos convertir en positivo. Basta que la cifra de este año sea inferior a la del año anterior para que nos parezca “menos drama”, “mejora sensible”. Los números, como dice **Martín Caparrós** en su ensayo sobre *El hambre*, son el “refugio de los canallas”. Los números también atacan, y así lo debemos aceptar. Atacan a nuestra comodidad, a nuestras justificaciones, a nuestro bienestar. A los números les debemos poner “rostros”, “caras”, “nombres”.

Ahora bien, los números son necesarios; muy útiles para tener conocimiento de la realidad. No podemos olvidar nunca estas cifras. Por ejemplo, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) estima que en 2015 el hambre crónica afectaba a unos 800 millones de personas en el mundo. La mayoría de la población que padece hambre vive en regiones en desarrollo. Aunque se han registrado algunos avances desde 1990, algo más de una persona

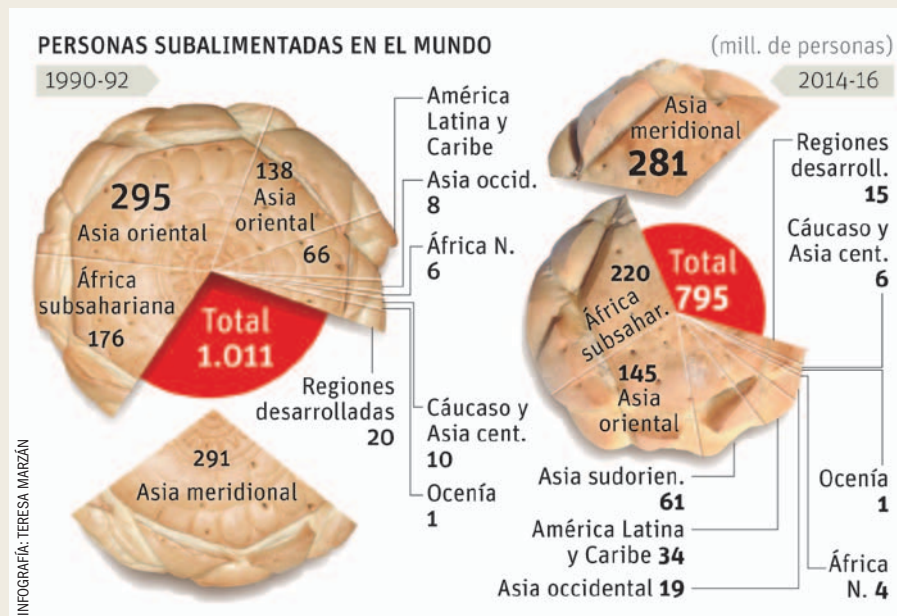
de cada nueve, es decir, un 12,9% de la población de estas regiones sigue padeciendo subalimentación crónica. En general, los países en desarrollo han avanzado considerablemente en la mejora de la seguridad alimentaria y la nutrición, pero esos avances han sido desiguales.

Leer estas cifras nos impulsa a conocerlas más a fondo y a zambullirnos en términos y conceptos necesarios para ahondar en la actual situación del hambre en el mundo (ver recuadro de p. 29).

Sin embargo, nos queda un ejercicio más: relacionar esos conceptos definidos por la FAO con las cifras. Así, si tenemos en cuenta todos

los factores que intervienen en la seguridad alimentaria, por ejemplo, entenderemos que para “medir el hambre” no podemos atender solo a indicadores del tipo “falta de peso” o a la “disponibilidad de cierta clase de alimentos nutritivos”. Debemos tener en cuenta un conjunto de indicadores que transmiten una imagen más completa y pormenorizada de los problemas de seguridad alimentaria y nutrición imperantes en un país.

Las razones de las cifras recogidas en el gráfico adjunto suelen tener que ver con la falta de acceso a los alimentos, sobre todo en el África subsahariana, donde casi una de cada cuatro personas pasa



Fuente: Manos Unidas, Boletín n° 199 (Enero-Abril 2016), p. 17



hambre. En esta región, las tasas de pobreza se han mantenido altas y la infraestructura rural sigue siendo limitada y, con frecuencia, se ha deteriorado. Otra causa es la inestabilidad de los precios de los alimentos, sobre todo en las regiones que dependen de los mercados internacionales de alimentos para obtener suministros nacionales, y son especialmente vulnerables a causa de una base de recursos naturales limitada o frágil. Estas condiciones son particularmente significativas en las regiones de Oriente Próximo y África septentrional y en el Caribe. En general, el acceso a los mercados tal vez sea el problema más difícil de solucionar, pues los pequeños productores tienen muy difícil competir con la gran industria alimentaria (producción, procesamiento y distribución a gran escala).

Todo esto hay que conocerlo. Es la realidad doliente. Pero el silencio, la actitud interior, la disposición a actuar... exigen que lo que ya conocemos sea

motivo, sea motor, de nuestro ser personas creyentes en el mundo.

Como ya hemos dicho, los propios números nos pueden paralizar. Existe el discernimiento confuso de que “como no puedo solucionar todo, no merece la pena solucionar nada”. Es cierto que las cifras de las personas que pasan hambre son muy grandes, están –creemos– muy lejos, casi dudamos de si existen o son meras imágenes inventadas... Todo esto nos desborda y nos puede paralizar. Lo mismo podemos decir de los términos, conceptos, estudios... que nos pueden llevar a una pregunta un tanto absurda, “pero, ¿los hambrientos pasan hambre o no?”. Todo esto nos paraliza

Necesitamos, como los amigos de Job, pararnos, hacer silencio, observar y observarnos, hacer vacío en nuestro interior...

¿Por qué nos preocupa el hambre en el mundo si siempre ha habido personas que pasan hambre?

Sí, es una pregunta provocadora. Quizás hiriente. Generalmente,

hemos dado por supuesto que es al revés: nos preocupa porque existe.

Aquí está la clave de la actuación. Nuestro razonamiento maquina desde la lógica (“nos preocupa porque existe”), pero nuestra actuación funciona desde la despreocupación de algo asumido, algo que “siempre ha sido así”. Así actuamos. Lo comprobamos al analizar con detenimiento los estudios sociológicos sobre los valores y las actuaciones de la mayoría de las personas. A las preguntas sobre los valores que nos parecen más importantes, se contesta que son la solidaridad, la igualdad, la justicia... Pero si observamos los comportamientos y lo ratificamos con estudios analíticos de la realidad social, comprobamos que el “consumo”, la “autoafirmación”, el “interés personal”... dirigen las actuaciones. Ahora bien, no es que seamos hipócritas. No pretendemos engañar a nadie. Ni hay contradicción interna. Somos así. Admiramos a la persona comprometida, pero optamos por la comodidad.

Aceptamos más de lo que nos parece el llamado *statu quo*. Incluso aceptamos muchas cosas que las identificamos como éticamente malas. Cambiar no es solo “cambio de intenciones”, sino cambio en la forma de vivir. Aquí está la clave: las situaciones de otras personas afectan poco a nuestra cotidianidad. Deseamos un cambio, pero exigimos que “cambie el otro”.

El trabajo de Manos Unidas y de otras organizaciones intenta hacernos entender que lo que ha existido siempre también hoy existe: sigue existiendo el dolor, el sufrimiento, el drama en las personas que no tienen para comer lo suficiente. Nuestras vidas también tienen que cambiar.

Los hambrientos siguen gritando

El hambre actual es silencioso. Como hemos dicho, está asumido en nuestra práctica cotidiana. Hubo un tiempo en que el hambre era un grito: cuando escandalizaba, cuando nuestros mayores recordaban tiempos pasados...

Este grito silencioso exige oídos para oír y corazón para escuchar. Nos han dicho en multitud de ocasiones que el hambre es la consecuencia de que determinadas personas no tengan suficiente

comida. No es la consecuencia de que no haya suficiente comida. Hay alimentos para todos, pero sigue habiendo hambre en el mundo.

Este grito silencioso nos debe hacer conscientes de que quienes más sufren estas situaciones son los niños y las niñas. En muchos casos, las consecuencias para su desarrollo físico y moral son irreversibles. Las secuelas son crónicas.

Este grito silencioso nos dice que el hambre no se palia con mayor producción y mejor distribución. Esto es básico. Es necesario un funcionamiento del conjunto de la economía donde se ponga en el centro a la persona, se busque el bien común. Ya el economista **J. M. Keynes**, citado en multitud de lugares, se hacía la siguiente pregunta: “¿Por qué no cuidamos y trabajamos los fines (felicidad, plenitud, bienestar) y nos centramos en los medios (beneficio, consumo...)?”.

Sí, el silencio nos debe acompañar para ponernos en frente de la realidad. El silencio de los hambrientos es el grito que debe llegar a nuestros oídos y, sobre todo, a nuestro corazón. Los gritos de estas personas son de súplica. Ante este grito de súplica, de queja, de petición, la Palabra de Dios nos predispone a la actuación.

El texto de Mc 10, 46-52 nos ayudará a situarnos y a actuar. **Bartimeo**, el mendigo ciego, hijo de **Timeo**, “comenzó a gritar”. Tenía muchas razones para ello, como las personas que tienen hambre o están desnutridas. Gritan, porque hablar –y menos susurrar o insinuar– no sirve. Hay que gritar. Gritar fuerte y alto. Porque en aquellos tiempos, como hoy, aunque veas a la persona o conozcas su situación, no la sientes. Vivimos en sociedades líquidas, como dice **Z. Bauman**. No nos afecta.

Gritar es la única defensa de los pobres. Muchas veces, lo entendemos como un ataque, como algo que molesta. No es de buena educación gritar. Pero saber interpretar ese grito supone ya la predisposición a escuchar.

Los gritos de Bartimeo son “gritos de última oportunidad” y “gritos de reconocimiento”. Si quien viene por el camino pasa de largo, oportunidad perdida. Si quien viene por el camino no es capaz

El silencio de los hambrientos del mundo es un grito de súplica que debe llegar a nuestros oídos pero, sobre todo, a nuestro corazón

de identificarte, grito en balde. Así también son los gritos de quienes hoy viven situaciones duras y difíciles.

Bartimeo alaba a **Jesús**. Le reconoce quién es. Los gritos de los hambrientos no son alabanzas de nuestra persona, ni de nuestro sistema económico-social, que crea tanta riqueza como desigualdad, tantos bienes materiales como injusticias. No son gritos condenatorios contra nuestra indiferencia, la de quienes ya tenemos lo necesario y aún nos sobra. No nos condenan, pero sí nos proponen. Son gritos contra esos culpables que mantienen por encima de todo sus propios intereses. Es el sistema, los intereses de unos pocos, las estrategias interesadas (no olvidemos que muchas veces se ha provocado el hambre como estrategia de guerra, por ejemplo), en definitiva, esa codicia y avaricia del tener, poder, dominar...

También sus gritos están dirigidos a nosotros: podemos actuar, paliar las situaciones, luchar para que reine la justicia; en definitiva, actuar. Quizá no podamos “arreglar todo el problema”. Sí que podemos sentir, como actitud, “incomodidad”. Sentiremos mayor o menor incomodidad según nos situemos más o menos cerca de las personas que padecen el hambre. La incomodidad está proporcionalmente relacionada con la distancia que

tengamos al problema. Una distancia que no es solo cuestión geográfica, de kilómetros, sino de “empatía”.

El texto evangélico que estamos siguiendo nos dice: “Jesús se detuvo”. Esta es nuestra primera actuación: detenernos de nuestras ocupaciones y preocupaciones cotidianas. Generalmente, nuestras vidas tienen un trajín, un ir y venir continuo, frenético. Son muchas las cosas, las obligaciones, los trabajos... que nos ocupan todos los días. Podemos convertir el grito de los hambrientos en un mensaje más; o a Bartimeo, en un pobre más.

Jesús se detuvo, aunque tenía –probablemente como nosotros– muchas cosas por hacer; o quizá tenía –como nosotros– prisa por llegar. Detenerse es la primera actuación.

Pararse para seguir actuando

Jesús se detuvo porque escuchó aquel grito dentro de los muchos ruidos del camino. No es fácil distinguir una llamada entre tanto alboroto. Se necesita un oído acostumbrado y un corazón que sintonice enseguida, al instante, con ese otro ruido distinto y de sentido profundo. Él es nuestro ejemplo.

Jesús miró al borde del camino. Los mendigos, como Bartimeo o como las personas que pasan necesidad, están en los bordes, en los márgenes, en las periferias sociales. Las personas hambrientas están lejos de nuestro camino, a muchos kilómetros, en otros países y continentes..., o quizá no estén tan lejos. La crisis económico-financiera nos ha mostrado que no están tan lejos; sí al borde de nuestro camino. Cáritas nos lo recuerda todos los días. Pero... están lejos. No una lejanía de kilómetros, sino de nuestro corazón.

Jesús, después de pararse, actúa. Y su actuación la podemos describir en cuatro pasos:

1. Ser consciente. Es el primer acto necesario: ser consciente de lo que está pasando. Jesús, en el texto de referencia, así lo hace. En el caso del “hambre en el mundo”, no



DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

necesitamos tener todos los datos ni conocer todos los pormenores de la situación. Cada uno de nosotros sabemos lo suficiente para ser conscientes del drama que viven tantas personas, de su situación de sufrimiento. Pero aquí está la clave: lo sabemos, pero muchas veces “no somos conscientes”, no nos paramos, no profundizamos.

No estamos en tiempos de ignorancia. Tanto los medios de comunicación como las diversas fuentes de las que disponemos nos facilitan todo lo necesario para ser conscientes. Bien es cierto que los medios de comunicación, por un lado, nos ayudan a conocer la realidad; y, por otro, nos influyen hacia la vida placentera, banal. Noticias banales se convierten en temas centrales de tertulias, comentarios y reflexiones. Pero aprovechemos la capacidad de estos medios de comunicación para ayudarnos a conocer la realidad. Es nuestra tarea.

Jesús no solo fue consciente de la situación de Bartimeo, sino que, además, hizo que quienes le rodeaban fuesen también “conscientes”. Aquel no era un grito más. Era un grito invocando una oportunidad. Reclamando muchos porqués de situaciones injustas.

2. Integración. Jesús, nos dice el texto, “se detuvo y dijo: ‘Llamadle’” (Mc 10, 49). Quiso que Bartimeo ya no estuviese al borde, sino en el centro del camino, de la escena

y, sobre todo, en el centro del grupo que acompañaba a Jesús. Ya no era “alguien fuera de”, sino “uno de los nuestros”.

La integración tiene dos vertientes complementarias. Una, permite que nadie se sienta ni experimente “estar fuera”, “ser extraño/extranjero”, “vivir al margen”. Romper este sentimiento evita vivencias y comportamientos marginales. ¡Y mucho más cuando estos márgenes están asumidos como imprescindibles para la sociedad! Es un fracaso de la misma sociedad que alguien pueda tener el sentimiento de que está cumpliendo un papel social al estar “fuera de la sociedad”.

Quienes hoy pasan hambre viven también en la convicción de que nadie se acuerda de ellos, de que están condenados a la desesperanza, al no-futuro. No es solo un problema de materialidad (tener o no tener alimento), sino de estar en la periferia del mundo, donde nada ni nadie puede hacer nada para cambiar la suerte, ni cambian las circunstancias ni los caprichos de la naturaleza. Todo

**Quienes sufren
prefieren confiar en
el que está a su lado
que en promesas de
grandes soluciones**

gesto es transmisor de esperanza; y todo gesto integra a la persona desconocida a nuestras vidas.

La otra vertiente que apuntaba es, precisamente, la capacidad de integrar en nuestras vidas las situaciones vivenciales de las personas. Jesús invita a sus acompañantes a ir donde estaba Bartimeo para que ellos mismos sean los comunicadores del mensaje. Ellos integran la situación de Bartimeo en sus vidas. Le dicen una palabra muy bonita que resume su sentimiento: “¡Ánimo!” (v. 49).

Ciertamente, es una palabra sencilla, expresión de que se ha captado el mensaje. Son conscientes de la situación. Hacen visible la integración en su interior; integran la situación de un “pobre hombre” (mendigo) y ciego (quizá pecador).

Integrar las situaciones de hambre en nuestras vidas requiere ser coherentes con nuestra propia alimentación y nuestras formas de alimentarnos. Saber ahorrar para compartir. Saber gastar solo lo necesario. Evitar derroches y trabajar por una sociedad austera. Tener criterios a la hora de comprar. Compartir siempre lo que tenemos.

Nos tenemos que acostumbrar a pagar por un producto un poco más siempre que nos aseguren que procede de una producción y una comercialización en clave de justicia. Valorar el trabajo de tantas personas, y evitar como único criterio “lo barato”. Son meros ejemplos para integrar en nuestras vidas las situaciones de tantos hermanos nuestros. Integrarles en claves enriquecedoras también para nosotros.

3. Confianza. Dar confianza a quien está en situación sufriente y vislumbrar un tiempo mejor. Bartimeo lo expresa gráficamente: “Arrojó su capa y, dando un salto, se acercó a Jesús” (v. 50). Quien genera confianza recibe confianza. Bartimeo comienza a ver, aun siendo todavía ciego.

La confianza es una característica propia de las personas espirituales, de quienes anteponen el espíritu, su vivencia humana y creyente, a su raciocinio. Quien está en situación de dolor, de drama, como les ocurre a cuantos no tienen para alimentarse..., lo captan enseguida. Distinguen perfectamente al



negociante que busca un beneficio de quien genera confianza. Quienes viven en el dolor prefieren la confianza del que está al lado que promesas de grandes soluciones.

Los países ricos, nosotros, generamos muy poca confianza a los países, pueblos y personas del Sur. Anteponemos nuestros intereses, nuestro frío razonamiento. No comunicamos nuestra espiritualidad de sentirnos uno (o hermanos, en términos cristianos). Somos “uno” para producir y comerciar con el fin de sacar más beneficio, o más barato o más cantidad. Es el gran tema de la globalización comercial. Es la gran diferencia: ellos dan lo que son y nosotros lo que nos sobra de nuestras cosas materiales.

Jesús no solo genera confianza en Bartimeo, sino que le pregunta para que sea él mismo, para que pueda expresar de forma clara y contundente sus deseos. La confianza es colaboración. Colaborar es una característica propia del ser humano.

Nuestro ámbito de colaboración es múltiple por las oportunidades y mecanismos que hoy existen. Estas oportunidades son cercanas, o por lo menos pueden serlo. Tenemos organizaciones muy próximas, “nuestras”, como Cáritas y Manos Unidas. Colaborar con organizaciones



sociales es nuestro deber cristiano. Como lo es –creo– cuestionarnos por la actuaciones de los partidos políticos y sus apuestas reales por la cooperación internacional, por ejemplo; o por los mecanismos de protección social para los más débiles de la sociedad.

4. Transformar. Acciones y gestos tienen el componente de crear conciencia (en nosotros como actores y en otros como consecuencia de la acción), de integrar (primero en nuestro corazón, luego en la vida social), de generar confianza (en

quienes viven desesperanzados y colaborando en la búsqueda de un fin común) y también de transformar. Jesús actúa transformando. Hace de Bartimeo un hombre nuevo y, además, un seguidor suyo. La acción conlleva otra nueva situación para aquel hombre. Ya no puede ser catalogado de “mendigo” ni de “ciego”. Ahora es “hijo de la fe en Jesús”, es decir, un seguidor de Jesús.

Nosotros, como aquella gente (“muchacha”, según el texto evangélico de referencia), tenemos la oportunidad de ser transformados

Algunos conceptos que conviene dominar

Recogemos aquí los conceptos principales que en múltiples lugares se utilizan y requieren de un mínimo dominio por nuestra parte, conceptos que han sido definidos así por la FAO:

■ **Desnutrición:** resultado de una prolongada ingestión alimentaria reducida y/o absorción deficiente de los nutrientes consumidos. Generalmente asociada a una carencia de energía (o de proteínas y energía), aunque también puede estar relacionada con carencias de vitaminas y minerales.

■ **Subnutrición o hambre crónica:** estado de las personas cuya ingestión alimentaria regular no llega a cubrir sus

necesidades energéticas mínimas. La necesidad mínima diaria de energía es de unas 1.800 kilocalorías por persona. La necesidad exacta viene determinada por la edad, tamaño corporal, nivel de actividad y condiciones fisiológicas como enfermedades, infecciones, embarazo o lactancia.

■ **Malnutrición:** término amplio usado para una serie de condiciones que dificultan la buena salud. Causada por una ingestión alimentaria inadecuada o desequilibrada o por una absorción deficiente de los nutrientes consumidos. Se refiere tanto a la desnutrición (privación de alimentos) como a la sobrealimentación

(consumo excesivo de alimentos en relación a las necesidades energéticas).

■ **Seguridad alimentaria:** existe cuando todas las personas tienen en todo momento acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos que satisfagan sus necesidades alimentarias para desarrollar una vida activa y sana. Actualmente, entre los organismos y los expertos está en debate la inclusión de la nutrición en este concepto, que pasaría a denominarse “Seguridad Alimentaria y Nutricional”, que, no cabe duda, es más completo.

■ **Inseguridad alimentaria:** situación que se da cuando las personas carecen de un

acceso seguro a una cantidad suficiente de alimentos inocuos y nutritivos para un crecimiento y desarrollo normales y una vida activa y sana. Bien es cierto que podríamos seguir con la lista de conceptos y términos. Hemos de reconocer que el esfuerzo por conocer y saber interpretar estos términos nos facilitará el conocimiento más profundo. Pero sobre todo el entender el fondo de lo que hoy en día llamamos “hambre” y “hambriento”: va mucho más allá que una carencia de comida. El objeto de todos los esfuerzos y de todas las organizaciones es que todos los seres humanos tengan (tengamos) una alimentación adecuada.

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

por la acción de Jesús. La sanación de Bartimeo es signo de fe y, como tal, enseñanza para todos nosotros

Estamos al inicio de camino

La obra de misericordia “dar de comer al hambriento” sigue siendo para nosotros un “hacer camino”. Estamos llamados a actuar. Estamos llamados a pararnos y, a la vez, seguir el camino de la actuación. No una actuación complaciente con nosotros mismos. No se trata de dar una limosna para acallar nuestras conciencias. Se trata de actuar para transformar. Por eso se nos llama a entender que el hambre no se soluciona solo con alimentos.

Manos Unidas nos da mensajes continuos para quedarnos “en silencio”, como los amigos de Job, para meditar y actuar. Lemas como: *El hambre no solo se combate con comida. Apóyanos; Plántale cara al hambre: siembra; Hacia la economía de comunión; La seguridad alimentaria se puede lograr, pero hay que trabajarla*, etc. No son frases más o menos ingeniosas. Son gritos que, una vez más, nos invitan a actuar.

Así lo expresan Cáritas y Manos Unidas, que en el manifiesto conjunto de la campaña *Una sola familia humana. Alimentos para todos*, nos dicen: “Tras dos años de intenso recorrido, la campaña global auspiciada por el papa Francisco y desarrollada en todo el mundo por Cáritas Internationalis (...), llega a su fin. Desde su lanzamiento, el 10 de diciembre de 2013, Cáritas y Manos Unidas han sumado sus esfuerzos en España para impulsar los objetivos de incidencia pública y sensibilización social de esta campaña, centrados en avanzar hacia la erradicación del escándalo del hambre en todo el mundo”.

Siguiendo las reflexiones y propuestas a raíz de la citada campaña, Manos Unidas y Cáritas se comprometen a seguir trabajando para fortalecer un modelo de cooperación fraterna con las comunidades y las Iglesias locales. El objetivo de tales trabajos es que el “derecho a la alimentación sea una realidad para las personas más vulnerables”.

Cáritas y Manos Unidas nos hablan de “derecho”, porque es lo mínimo que exige el ser humano: poderse



alimentar. E indirectamente nos hablan también de obligación. Porque se trata de impulsar la agricultura a pequeña escala, teniendo en cuenta que son los pequeños agricultores quienes producen la mayor cantidad de alimentos que se consumen en el mundo.

Igualmente, el trabajo de Cáritas y Manos Unidas en el ámbito de la seguridad alimentaria seguirá dando el mayor protagonismo al liderazgo de las mujeres como agentes de desarrollo de las comunidades locales, para lo cual es prioritario garantizarles el pleno acceso y control de los recursos para la producción alimentaria.

Incluso nos hablan de centrar sus objetivos en la consolidación de un buen sistema de mercados agrícolas, en especial de mercados locales, que son un instrumento prioritario a la hora de afrontar las causas de la inseguridad alimentaria. También nos hablan de desarrollar acciones de incidencia social y política que permitan fortalecer el diálogo entre la sociedad civil y los gobiernos para mejorar las políticas públicas, el marco legal y los sistemas productivos que garanticen la seguridad alimentaria.

Invitación a seguir mirando para actuar

Terminamos nuestra reflexión reconociendo los pasos dados, aunque estemos al inicio del camino. La realidad del hambre sigue ofreciendo una imagen desigual: mientras que el África subsahariana padece la mayor prevalencia de subalimentación

y Asia, la región más poblada del planeta, sigue teniendo el mayor número de personas subalimentadas, América Latina y el Caribe registran rápidos avances en la reducción del hambre, sobre todo en el sur del continente. Un dato para la esperanza es que aquellos países donde se ha alcanzado la meta de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) relativa al hambre destacan por disfrutar, en su mayoría, de condiciones políticas y económicas estables, acompañados a menudo de políticas de protección social para los grupos más vulnerables de la población.

Y volvemos a mirar la invitación del papa Francisco en su bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia: “Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados no obstante el límite de nuestro pecado” (n. 2).

La Iglesia, cada uno de nosotros, tiene la misión de anunciar la misericordia. El papa Francisco nos lo recuerda (n. 12). San Pablo nos da una clave: practicarla con alegría (Rom 12, 8). ●